

LIBERTAD Y ARTE SACRO

J. M. G. Torralba

Cualquiera que tome entre sus manos la alocución que el Papa Pablo dirigió en mayo último a un grupo de artistas italianos (1) en la Capilla Sixtina —“cenáculo de historia, de arte, de religión, de destinos humanos, de recuerdos y de presagios”— sentirá sin duda el temblor misterioso de las cosas nuevas, de algo que no estábamos acostumbrados a escuchar. No hay que perder de vista el mensaje que Pablo VI les trasmite —es lo esencial— pero pienso que se aclara más si se estudia el tono, el ambiente. “¿Hacemos las paces? ¿Hoy? ¿Aquí? ¿Queréis volver a ser amigos?” No hace mucho, alguien hubiera pensado que eso no era lógico en la postura del Papa, pero hoy, después que él mismo ha dicho que “nadie es extraño al corazón de la Iglesia” (*Ecclesiam Suam*), pensamos que era necesario salir también al encuentro de estos artistas, también “hermanos separados”, para que volvieran al

diálogo y al entendimiento con la Iglesia. En estas circunstancias tensionales, dentro de la línea impuesta de toma de conciencia, de renovación y de diálogo, había que alargar la mano amiga a los que por diversos motivos —“el que esté libre, tire la primera piedra”— se habían marchado lejos a realizar un arte imposible por incomprendido, por sospechoso, por espúreo.

“Son razones de nuestro ministerio las que nos obligan a salir en busca de vosotros. ¿Tendremos que decir la gran palabra, que por lo demás vosotros ya conocéis? Tenemos necesidad de vosotros... Y si nos faltara vuestra ayuda, el ministerio sería balbuceante e incierto...” La gran palabra, la que muchos esperaban como una confesión, salió de boca del Santo Padre. Ya antes, cuando el 4 de diciembre de 1963 se proclamaba oficialmente en sesión conciliar la Constitución sobre Sagrada

Liturgia, pudimos abrir los ojos a una esperanza iluminada, clara, donde ya no cabría el bajo mundo del recelo ni la desconfianza. Es referente al capítulo VII de esta Constitución —“El arte y los objetos sagrados”— por lo que el Papa Pablo diría en mayo a los artistas en la Sixtina: “Hemos firmado el gran pacto de la nueva alianza con el artista”.

Nos preguntamos ¿qué es precisamente lo que les había obligado a este éxodo? La imposición, la visión “de sacristía”, algo así como una norma de fe que les venía de mentalidades cortas. Precisamente el artista plasma su obra en un rompimiento con lo trivial y caduco. “Os hemos turbado —dice Pablo VI— porque os hemos impuesto como canon principal la imitación, a vosotros que sois creadores, siempre vivos y fértiles en mil ideas y novedades... Quizás os hayamos puesto un peso de plomo a vuestras espaldas; perdonadnos”. Hemos pecado. Los intentos de construir un arte sacro nuestro, de nuestra generación, con posibilidades inéditas de pervivencia —¿por qué no?— han sido duramente criticados, bastantes veces condenados y alguna hasta exorcizados. Cuando no se ha llegado ahí, la burla hiriente, las comparaciones chistosas —los célebres “garajes de Dios”—, la infravaloración a priori de materiales nuevos, han sido las constantes de una reacción oscurantista y trasnochada. Pocos realmente, han sido los artistas que con corazón fuerte han mantenido esta difícil posición, llena de fiereza profesional y profética, aun en contra de todo un pueblo. Lo que se ha realizado ha sido en la clandestinidad. No obstante ya hay grandes nombres de artistas que, a pesar de todo, han logrado vencer en este frente. En 1951, HENRI MATISSE terminó la capilla del Rosario en Vence. GUILLAUME GILLET nos ofrece en Nuestra Señora de Royan el más bello ejemplo de lo que puede hacer el urbanismo reconstruyendo una ciudad destruida por la guerra. LE CORBUSIER acaba en 1955 en Ron-

champ la capilla de Nuestra Señora du Haut. En la pascua del 58, junto a la pastoral gruta de Bernardette, en Lourdes, se excava la gran basílica de S. Pío X, con capacidad para veinte mil fieles, donde el hormigón pretensado utiliza cables de acero, en lugar de la armazón habitual. En España, Alcobendas, Arantzazu, Virgen del Camino, Santa Rita... La pregunta, mil veces profesada con sonrisa sapiencial, ¿qué quedará de todo “ésto”? ha de desaparecer. Románico, gótico, renacentista, barroco... También quedará para el pasado mañana no sólo los “intentos”, que es lo que más conceden, sino realidades de lo que fue nuestra generación y nuestra espiritualidad. Al menos, dará fe de una renovación litúrgica tan sorprendente que hay que retroceder muchos siglos para conocer algo semejante. También nuestros templos de hoy enseñarán, con más elocuencia que los libros de sociología, que una llamada de Unidad en la Comunidad se hace sentir febrilmente por todos los pueblos de la tierra.

La Iglesia necesita a los artistas. “Os debemos pedir todas las posibilidades que el Señor os ha concedido en el ámbito de la funcionalidad y de la finalidad, y por tanto, que hermanan el arte con el culto de Dios: debemos dejar que vuestras voces canten libre y poderosamente, como son capaces. Y vosotros debéis ser bravos, interpretar lo que debéis expresar, seleccionar entre nosotros el tema, el motivo, y algunas veces, más que el tema, el flujo secreto que se llama inspiración, gracia, carisma del arte.”

Ya unos meses antes de ser nombrado Pontífice, febrero 63, tuvo Montini un discurso al Congreso Nacional de Artistas Italianos bajo el título: “El fenómeno del arte ante la fe”. “...A este respecto, os hemos dado, artistas, una libertad que tal vez no os haya sido concedida en tal grado en el pasado. Demasiadas veces habéis oído a la Iglesia

hablar de reglas, de normas, de imposiciones, de "prohibido hacer esto", de "aquello no debe hacerse"... (..) ...Se os ha dicho, y no solamente en Milán, haced lo que queráis. No os forzaremos ya más a seguir una tradición determinada ni tal estilo concreto o tal otro; no estaréis obligados a ciertas moderaciones o determinadas formas convencionales; solamente os rogamos que vuestro arte sea real y dignamente útil; que sea funcional, que lo podamos comprender, que ofrezca una ayuda, que diga una palabra verdadera y que el pueblo experimente con él una emoción sagrada religiosa. Permaneced en contacto y en sintonía con el culto y la espiritualidad cristiana; y después, actuad con libertad".

Libertad y libertinaje, la distinción de siempre. Mas confesemos, que, hasta ahora, poco campo habíamos dejado para la libertad del artista y que, por ello, se había marchado a beber su inspiración de otras fuentes, precisamente por una dictadura de cánones dieciochescos, lacios, y que, sin embargo, se intentaban trasvasar al modo de la existencia irreplicable de hoy. Por ser sinceros hacia unas generaciones a quienes debemos bien poco, se nos escapaba el tiempo, que es la materia donde se lacran los estilos propios. Por ello, para rezar a Dios en nuestras iglesias, hemos tenido que buscar la oscuridad en el cuenco de nuestras manos, como refugio sincero.

Mas, la libertad recuperada por los artistas va a constituir, por sí misma, una reválida inmisericorde. Hay mucha falsedad —barroquismo fácil— en el arte sacro moderno, lo cual no es exclusivo de él. Llegar a la difícil simplicidad de formas, donde todo sea claro y unificado en una verdad, es enormemente complicado y lo podemos calificar de aventura apasionante. El artista, que es mensajero y profeta, nunca podrá evadirse de dejar —hormi- gón, vidrio, luz— la vertical y la hori-

zontal de la teología de la salvación: Dios en la altura, pero "hermanado" con la Humanidad, y una Comunidad de fieles —pueblo de Dios— que le adora y se aman entre sí. Nunca podrá el artista sacro separar el arte de la vida, nunca podrá llegar a una des-encarnación, concepto opuesto a todo lo más bello que lleva en sí el que el Verbo tomara nuestra carne por suya. Pureza, desnudez y verdad: tres meridianos por donde se debe expandir la algarazara pascual de las iglesias desbordantes de luz, y también el ascetismo de los rincones de paz. Ahí —en esas tres palabras— está la dificultad. Es difícil que todos den en lo exacto, pero no se les puede negar los intentos que son reglamentarios para todo el que se arriesga. "La cuestión —decía Maurice Denis— no es saber si lo haremos tan bien como en las épocas precedentes, sino si tenemos algo que decir". La verdad. Hemos tocado en la llaga del arte sacro. Porque muchos —¿cuántos?— no tendrán nada que decirnos, a pesar de que no son libres...

Esta es la libertad que la Iglesia les da en esta hora de ecumenismo, de liturgia de comunidad. Una libertad que desemboca en una exigencia extenuante de realizar con dignidad desmedida este "cuasi — sacramento", como llamó Juan XXIII al arte sacro. Es una exigencia que lleva en su entraña un "noviciado tremendo, duro, ascético, lento, gradual" para llegar a captar el sentido de la trascendencia, su ambiente de misterio que establece lazos entre el yo y el más allá del yo, dentro de un ambiente de familia de Dios. Ha nacido el diálogo. Y ya que hasta aquí hemos hablado tanto, hemos impuesto, hemos prohibido... ¿Por qué no escuchamos?

En esta *Nota para el Diálogo* he pretendido modestamente dar un voto de confianza a nuestro artistas: arquitectos, orfebres, pintores, escultores, diseñadores... No soy pesimista. Porque

construida en todas las comarcas de la "una esperanza increíble se ha levantado para nosotros. La Iglesia nueva, tierra, en Africa, en Europa, en América, transparente como una caja de cristal, envuelta en velos de hormigón, como una tienda, abierta a la humanidad, pero preservada de manchas; esta

iglesia, centro de recogimiento, nos ofrece el rostro de una catolicidad que nosotros hacemos, sin saberlo, bajo la guía inspirada de nuestros pastores. Ella es también el símbolo del poder de Dios en nuestro tiempo", (MADELEINE OCHSE, "El arte sagrado en nuestra época").

